

Junto a la cocina están Luis y Fabián. No hay nadie más en el local. Luego entran dos hombres con un maletín de mano.

—Ya no hay servicio —dicen en coro desde el fondo de la casa.

Los hombres visten gruesas chaquetas de cuero. Es una noche calurosa para andar vestido de esa manera.

—Prendan el televisor —dice el más alto, el que parece ser el jefe.

—Ya cerramos, señor. Son las dos de la mañana y...

—Que prendan el televisor, ¿no me escucharon?

Fabián deja de limpiar. Antes de que llegaran esos hombres, cantaba un vallenato y hablaba de su novia mientras raspaba los restos de carne quemada de la parrilla. Ahora sólo se oye el ruido del ventilador y la respiración agitada de los extraños.

—Usted —dice el otro hombre, el que parece recibir las órdenes—: cierre la puerta y no trate de llamar a nadie en la calle. —Fabián, aún con la espátula en la mano, se queda callado y no sabe qué hacer.

—Y usted —habla de nuevo el que parece ser el jefe—, prenda el televisor y tráiganos algo de beber.

El mes pasado los asaltaron dos veces. Desde ese día han pensado en comprar un revólver. Han perdido mucho dinero y no están dispuestos a perder más. —Yo sé dónde podemos conseguir uno —dijo Luis, luego de haber hecho cuentas de los daños que ocasionaron los primeros asaltantes—. Es mejor que llamar a la policía.

—No nos volverá a pasar —dijo Fabián—. No creo que tengamos tan mala suerte.

Una semana después otros ladrones se llevaron todo el dinero de la caja.

—Está bien, vamos a comprarlo —dijo Fabián luego de saber cuánto habían perdido en los dos robos. Eso fue esta tarde, antes de que llegaran los dos hombres. Ahora, mientras enciende el

televisor y ve cómo ellos se acomodan tranquilamente en una mesa, sabe que se equivocó al decirle a Luis que dejaran lo del arma para luego.

—Cuál es el canal de las noticias —dice el que parece ser el jefe.

—El cinco. Pero a esta hora ya no hay nada. Las noticias se acabaron a las once.

—Tienen que estar trasmitiéndolo —dice el otro hombre, dirigiéndose más a sí mismo que a su jefe.

—Shhh —lo interrumpe su compinche—. Si no hay nada en el cinco tal vez estén pasando algo en el tres.

Fabián no sabe qué están buscando. Parecen tranquilos, aunque hablan en susurros. El jefe sigue cambiando de canales, decepcionado. No ha soltado el maletín de mano desde que llegó.

—No es posible que no hayan dicho nada en las noticias. Había muchos policías, o eso me parece —dice de nuevo el que parece recibir las órdenes, atento a los gestos y las palabras del otro. Su jefe permanece en silencio.

—¿Qué necesitan? —pregunta Fabián con nerviosismo. Ahora nota que bajo la chaqueta de cuero del jefe se ve la forma de dos pistolas, una a cada lado de su cintura.

El jefe no responde. Su compinche lo ve por unos segundos, calla, pero luego se atreve a preguntar.

—¿Vio las noticias?

—Sí, siempre las vemos.

—¿Las de las siete o las de las diez?

—El televisor siempre está en el cinco. Vemos todas las noticias.

—Qué dijeron —interrumpe el jefe, mirándolo directamente a los ojos.

—No sé, a esa hora había mucha gente y no nos fijamos en los titulares.

—Entonces para qué ponen las noticias.

—Para la gente, para que vean algo mientras esperan la comida.

En la calle se oye el ruido de una camioneta. Por debajo del portón se ve una franja de luz y se oye el ruido de un motor en marcha.

—Ojalá no le haya pasado nada al negro —dice el que parece ser el jefe y la camioneta se aleja.

Hay una noticia de última hora en el canal cinco. Los hombres abren los ojos y suben el volumen con el control remoto.

—Hay una fuerte tormenta eléctrica a estas horas en el sur de Bogotá —dice el corresponsal—. Las autoridades afirman que...

El hombre que parece ser el jefe apaga el televisor. —Mierda —dice.

—Tal vez mañana, en el noticiero de las siete —dice el que parece recibir las órdenes.

Luis regresa de la calle y dice que no ha visto un solo policía. Fabián sirve otras dos cervezas a los extraños. El ventilador sigue encendido y mueve las servilletas que hay sobre una mesa. En la cocina se oye el goteo del grifo sobre los platos.

—Creo que el negro está bien. Siempre ha salido bien librado de todo esto —dice el que parece recibir las órdenes, algo resignado.

Los hombres miran una y otra vez el reloj de pared. Están impacientes. Hace poco volvieron a encender el televisor y han estado pendientes de las noticias de última hora.

—Cómo sabe que están armados —le pregunta Luis a Fabián.

—Mientras usted estaba pendiente de la puerta yo me quedé con ellos. Mírele la cintura al más alto, el del maletín.

—Qué será lo que llevan ahí —pregunta Luis sin quitar la mirada de los platos enjabonados.

—Ey, muchachos, otras dos cervezas —dice el que parece recibir las órdenes. Su voz se oye detrás de la puerta que separa la cocina del salón.

—Ojalá paguen lo que se han tomado y nos den una buena propina —dice Luis, limpiándose las manos con su delantal frente al refrigerador.

—Lléveles las cervezas y dígales que ya nos vamos —concluye Fabián.

Ahora son las cuatro de la mañana. Los hombres se ven cansados, soñolientos. La mesa está atiborrada de latas de cerveza.

—Quiero saber qué llevan en el maletín —dice Luis.

—Ni loco. Ese grandulón todavía está despierto. Sería capaz de pegarnos un tiro. Tiene cara.

—Si fuesen ladrones hace rato se habrían ido sin pagarnos.

—No tienen cara de ser ladrones de poca monta. Si roban, no creo que les interese llevarse sólo unas cuantas monedas. Es lo único que tenemos.

—Los de la semana pasada tampoco tenían cara de ladrones y se llevaron hasta los tarros de salsa tártara.

El que parece ser el jefe los oye hablar y se despierta, bostezando. Mira el reloj de la pared; le da un codazo a su compinche.

—Nos vamos.

—Qué hora es.

—Nos vamos. Si algo le pasó al negro ya nos habrían llamado.

Los hombres se levantan y estiran sus brazos. El que parece ser el jefe abre el maletín y saca tres billetes de los grandes.

—La propina —dice.

Luis y Fabián están quietos, mirando los billetes. Es más de lo que hicieron en toda la noche.

—Gracias por todo, muchachos. Y recuerden: ustedes no nos han visto.

—No se preocupe, jefe —dice Luis.

Los hombres dan media vuelta e intentan abrir la puerta. El que parece recibir las órdenes se detiene y le pide a los muchachos que miren a ambos lados de la calle.

—No hay nadie —dice Luis. Tiene la cabeza fuera de la puerta y el cuerpo dentro del local.

—Gracias. Ustedes son buenos muchachos —dice el jefe palmeándoles la espalda. Es la primera vez en toda la noche que están los cuatro, cerca uno del otro, sin que tengan miedo. Es entonces cuando el jefe los mira a los ojos y les pregunta con su voz alcoholizada:

—¿Van a vender hamburguesas toda la vida?

—Sólo hasta que terminemos la universidad —dicen en coro, como cuando iban a cerrar el negocio y empezó todo esto.

—Tengan cuidado con los ladrones —dice el jefe, y se despide de ellos.

Luis y Fabián ven a lo lejos el carro que lleva a los dos hombres. No lleva mucha velocidad.

—Qué haría usted si roba un banco —le pregunta Luis a Fabián.

—No sé. Tal vez me iría de vacaciones con mi mamá. No conozco el mar.

—Yo sería como esos hombres —dice Luis, sonriendo. Tiene aún los billetes en la mano. Los guarda en su bolsillo.

—Ayúdeme a levantar las sillas —dice Fabián.

—Está bien —responde su amigo. Luego dice:

—Mañana vamos a comprar el revólver. No quiero que nos vuelva a pasar lo de la otra noche.

—Está bien —dice Fabián—. Pero yo no lo voy a cargar, ése será su trabajo de ahora en adelante.

—Como usted diga, jefe —concluye Luis, y se ríe.

Pseudónimo: R. Carver